

DE NUEVO SOBRE LA APÓCOPE VOCÁLICA EN CASTELLANO MEDIEVAL

La aparición de la *Fazienda de Ultramar* en 1965¹, la publicación del *Evangelio de San Mateo*² y el resto del *Nuevo Testamento* según la Biblia escurialense 1-1-6³, estudios hechos por alumnos míos sobre el lenguaje de la *Fazienda*⁴, del *Lapidario* alfonsí⁵ y de otras partes de la misma Biblia⁶, y finalmente, objeciones reiteradas por Diego Catalán⁷, me obligan a reconsiderar la explicación que di hace veinticinco años a la apócope de la vocal en castellano antiguo⁸.

Mi explicación distinguía la apócope de la /-e/ tras *r, s, l, n, z* y *d*, normal y consolidada, de la apócope extrema que desde fines del siglo xi hasta mediar el xiv se dio tras otras consonantes (*nuef, quiçab, dix, noch, axac*) y tras grupos de líquida o nasal + dental

¹ *La Fazienda de Ultramar. Biblia romanceada et itinéraire biblique en prose castillane du xii^e siècle*. Introd., édition, notes et glossaire par Moshé Lazar, Salamanca, 1965. (*AcS*, 18, 2). [El texto romanceado no parece del siglo xn, sino del primer tercio del xiii].

² *El Evangelio de San Mateo, según el ms. escurialense 1-1-6*, ed. de Thomas Montgomery, Madrid, 1962. (Anejos, *BRAE*, 7.)

³ *El Nuevo Testamento según el ms. escurialense 1-1-6*, ed. y estudio de Thomas Montgomery y S. W. Baldwin, Madrid, 1970. (Anejos, *BRAE*, 22.)

⁴ MARÍA DEL CARMEN SANCHIS CALVO, *El lenguaje de la F. de U.* [memoria de licenciatura, Universidad Complutense de Madrid, 1970] (inédita).

⁵ SAGRARIO RODRÍGUEZ MONTALVO, *La apócope extrema de la vocal en el "Lapidario" de Alfonso X* [memoria de licenciatura, 1964]; y *El "Lapidario" de Alfonso X. Vocabulario* [tesis, doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1970] (inéditas).

⁶ JESÚS MORENO BERNAL, *Estudio lingüístico del ms. escurialense 1-1-6. Biblia romanceada de la primera mitad del siglo xiii* [tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1975]. La citaré como "Biblia" simplemente.

⁷ "En torno a la estructura silábica del español de ayer y del español de mañana", *HHM*, 77-110, *Current trends in linguistics*, t. 9, The Hague, 1972, p. 1028 y *Lingüística ibero-románica. Crítica retrospectiva*, Madrid, 1974, p. 198, nota 541.

⁸ "La apócope de la vocal en castellano antiguo. Intento de explicación histórica", *EMP*, 2, 185-226. Lo citaré en adelante como *Apócope*.

(*adelant, part, fizist, ond, estonz*). Igualmente consideraba normal la caída de /-o/ final en posición enclítica o proclítica si dejaba como remate de la palabra una de las consonantes no agrupadas que la fonología castellana ha tolerado allí en todo tiempo (*Martino Gonçalvez > Martín Gonçalvez, solo > sol*); y clasificaba como extrema la que convertía en finales otras consonantes simples o grupos consonánticos (*todo > tot, Lobo > Lop, Diago > Diag, Diac, Fernando > Fernand, Fernant, como > com*, etc.). La apócope normal, superado el período inicial de contienda con el mantenimiento de la vocal final latina (*honore, mese, taie, pane, faze, verdade*), ha perdurado hasta nuestros días sin más retroceso que el impuesto por la analogía en la conjugación (eliminación de él *quier, tien, sal, pued, yo quis, pud, fiz*, etc., en beneficio de la regularidad representada por él *quiere, tiene, sale, puede, yo quise, pude, fize > hice*). En cambio la apócope extrema surgió por prociisis o enclisis y empezó a propagarse a otros casos al tiempo que la caída de vocales intertónicas permitían que quedaran como finales de sílaba consonantes y grupos que antes no lo eran (*limde, semdero, trepde, reptar, setmana, antparar, *vendgar, sangne*); se extendió con auge notabilísimo como consecuencia del influjo demográfico y cultural ultrapirenaico, especialmente del Mediodía francés, desde fines del siglo XI hasta los primeros decenios del XIII; empezó a decaer conforme los hijos y nietos de "francos" afincados en Castilla y León se fueron incorporando plenamente al ambiente español y a su fonología, a la vez que aminoraba la inmigración y descendía su prestigio; y recibió un golpe definitivo cuando los esfuerzos de Alfonso X para combatirla obtuvieron como resultado póstumo excluir del modelo de buen lenguaje los finales consonánticos duros⁹.

Al doble juego de causas intralingüísticas y externas que yo supuse cabe, desde luego, oponer una pregunta: si las condiciones internas, si la evolución misma del sistema fonológico castellano bastan para explicar la aparición de la apócope extrema ¿a qué invocar también factores extralingüísticos como la inmigración "franca" de los siglos XI y XII, a pesar de que sea innegable su huella en la vida y sociedad hispanas? Diego Catalán hace suya la relación que yo señalé entre el nacimiento de la apócope y la formación de grupos romances con final silábico duro, y la completa relacionando igualmente la eliminación de la apócope extrema con la progresiva resolución de los grupos interiores donde las codas silábicas duras desaparecieron. Para Catalán la suerte de los finales de sílaba es la misma en el interior y en el final de las palabras:

⁹ Denominaré así, para comodidad de la exposición, los finales consonánticos que no sean *r, s, l, n, z* y *d* no agrupadas con consonante previa.

obedece a los cambios que la estructura silábica del idioma experimentó a lo largo de su evolución; y consecuentemente concluye: "Aunque los francos [...] contribuirían, sin duda, a difundir la apócope de la vocal final, no creo que haya que atribuir a su prestigio el arraigo de la apócope en la lengua hablada de Aragón, Castilla y León durante los siglos xn, xm y xiv, según piensa Lapesa [...]. No veo, por tanto, razón alguna para seguir considerando a la "apócope extrema" como extraña al genio del idioma. De otra parte, la geografía del fenómeno favorece el carácter autóctono que creemos que hay que conceder a la apócope, pues su intensidad disminuye gradualmente según pasamos del catalán al aragonés, del aragonés al castellano, del castellano al leonés y del leonés al gallego-portugués"¹⁰.

Nunca sentí dudas respecto al carácter autóctono de la apócope extrema en sus orígenes: fui el primero en relacionarla con la aparición de consonantes y grupos interiores implosivos, inusitados antes en la coda silábica, al caer las vocales intertómicas, tanto en interior de palabra como en el final de elementos proclíticos o enclíticos (*Apócope*, 193-195). Confieso haber sentido la tentación de relacionar asimismo la acomodación o eliminación de tales consonantes y grupos interiores con la decadencia y extinción de la apócope extrema; incluso lo hice en alguna exposición oral. Pero siempre con cautela, porque advertí, tanto en el orto de los dos fenómenos como en su menguante, desacuerdos que después haré notar, y porque vi en la apócope extrema anormalidades que las consideraciones intralingüísticas no llegaban a resolver. Son las siguientes: 1) la notable virulencia que muestra en el siglo xn y primera mitad del xm; 2) el contraste que durante la época alfonsí ofrecen textos coincidentes en fecha, pero contrarios en preferencias respecto a los finales de palabra, y 3) la rápida exclusión de la apócope extrema después de Alfonso X. Todo ello me obligó a sostener que el fenómeno originalmente autóctono se vio favorecido por factores de acción transitoria. Sería inexacto hablar de simple "moda", porque en la moda hay una dosis de frivolidad que no parece imputable a los clérigos medievales, principales agentes de la lengua escrita. Preferí y sigo prefiriendo ver en la apócope extrema el síntoma lingüístico de una crisis social y cultural, la que rompió la incomunicación de la España anterior al siglo xi con Europa, transformándola en la España europeizante —románica y gótica— de los siglos xn y xm, para desembocar en la del xiv, a la vez gótica y mudéjar, europea y peculiar. A continuación intentaré justificar esta postura.

Nuevas razones que abonan el origen autóctono de la apócope

¹⁰ "En torno a la estructura silábica", p. 79, nota 4.

extrema.—Los estudios de Sagrario Rodríguez Montalvo sobre el *Lapidario* alfonsí y de Jesús Moreno Bernal sobre la Biblia romanecada escurialense I-I-6 coinciden en señalar a la apócope extrema ciertos condicionamientos: ocurre principalmente en final de grupo fónico, ya sea ante pausa final de frase, ya ante pausa interior. Dentro de la frase abunda ante vocal, mientras las formas plenas dominan ante consonante. Si la consonante que precede a la *-e* final de palabra es igual o afín a la que inicia la palabra siguiente, la apócope es más rara¹¹. Esta acción de las circunstancias fonéticas contextuales no se da en algunos otros textos, ni a rajatabla en el *Lapidario* y la Biblia; de todos modos es explicable en un fenómeno desarrollado orgánicamente, pero no lo sería si nos encontráramos ante el trasplante de una práctica surgida en otra lengua sin tales preferencias y rechazos.

El ensordecimiento de la consonante que, como consecuencia de la apócope, quedaba en posición final de palabra se produjo en castellano sin correspondencia exacta con ninguno de los romances cuyo influjo podría suponerse: en francés hay /-v/ > /-f/ (*neuf, vif*) y /-b/ > /-p/ (*loup*), pero no /-g/ > /-k/ (*ami, no amic*) ni /-d/ > /-t/ (*vertu, volonté*), y la /-e/ impide el ensordecimiento de /-z/ en /-š/ (*message, voyage*). El occitano desconoce también este resultado /-š/ (*messatge, viatge*), y aunque ensordece /-b/ > /-p/, /-d/ > /-t/ y /-g/ > /-k/ (*lop, voluntat, amic*), vocaliza /-v/ > /-u/ (*nou, viu*) y reduce /-nt/ y /-nd/ a /-n/ (*cauzimen, gran*). El catalán, que coincide con el occitano en las soluciones *messatge, viatge, llop, voluntat, amic, nou, viu*, ensordece /-ğ/ en /-ê/ (*puig* = [puê]) y tardó más en simplificar /-nt/ > /-n/, reducción no operada en gran parte del dominio lingüístico catalán. El castellano, que ofrecía *nuef, Lop, Diac, omenax, adelant*, no coincidía en la totalidad de los casos con ninguno de estos romances hermanos suyos. Además el ensordecimiento no era forzoso en castellano y presentaba no pocos resultados vacilantes (*niev, nief, niep; av, af, auf; Lob, Lop, prob* < *prope; voluntad, verdat; ond, ont; grand, grant, etc.*).

Motivaciones lingüísticas ajenas a la estructura de la sílaba.—Los cambios en la estructura silábica no explican alguno de los condicionamientos que favorecen la apócope extrema en castellano, ni tampoco el ensordecimiento de la consonante final.

Como ya se ha dicho, la apócope extrema se da con preferencia ante pausa, ya sea final de frase, ya interior. No sabemos —habrá

¹¹ En el *Lapidario*: *aymante tira* 3 veces / *aymant tira* 2; *semeiante de* 12 / *semeiant de* 2; *arte de* 18, *parte de passim*, etc. En la Biblia: “*mete to pie*”, “*mete to ombro*”, frente a “*met rayzes*”, “*met los*”, “*met mientes*”; “*acorveste tos lomos*”, “*leveste to pecado*”, “*feziste tú*”, etc., frente a un 75% de pretéritos con *-st* apocopado.

que determinarlo— si se producía sólo al término de una rama de entonación descendente, donde hoy es bien perceptible la relajación y hasta el ensordecimiento de la vocal, o si se daba también cuando presumiblemente había anticadencia. De todos modos el hecho implica un cese de vibraciones glotales que, además de producir la pérdida de la vocal, afectaba a la sonoridad de la consonante que la precedía.

Acaso haya que partir también de la entonación y del reparto de energía fónica para explicar la especial frecuencia de la apócope extrema en el imperativo singular (*recib, sub, sab, bef* 'bebe', *escriu, met, bat, tuell-tuel, com* 'come', *tem, prent, cox* 'coge', etc., en la Biblia I.I.6; *bef, com, fuy, prent, sub*, en la *Fazienda*). La característica energía con que se pronuncia la sílaba radical del imperativo, su mayor altura melódica, pudieron concentrar en ella el esfuerzo glotal y articulatorio, agotando el que hacía falta para ejecutar la vocal de la sílaba siguiente. Por otra parte la apócope constituía un procedimiento para distinguir la persona tú del imperativo de la persona él del presente de indicativo. Como quiera que sea, hay en la apócope extrema factores ajenos a la estructura silábica.

El paralelo entre la apócope extrema y los grupos consonánticos romances ofrece significativos desajustes.—No todos los fonemas y grupos registrados como finales de palabra a causa de la apócope extrema se encuentran como finales de sílaba interior ni en conglomerados fonéticos-sintácticos de palabras. Así ocurre con la /ê/ de *lech, noch, much*; con la /g/ o /k/ de *Diag-Diac*, y con los grupos /ns/ de *Alfons, Orens*, /rt/ de *part, cort*. En otros casos la correspondencia es excepcional o escasa: la /-f/ de *af* o *auf, naf, nief, nuef, nuf, of, bef* tiene solitario correlato interior en derivados de *v i d u a* (*bifda, enbefdar* de la Biblia); y la /š/ de *dix, adux, cox, trax*, en los poco frecuentes *frexno, trexnar*.

La cronología de los fonemas y grupos implosivos es distinta según estén en interior o en final de palabra. El grupo /-nt/ + consonante (*antparar, *antnado*) se resolvió muy pronto (*amparar, annado, alnado*) en posición interior, mientras que en final de palabra perduró largamente, con ejemplos hasta muy avanzado el siglo XIV¹². El paso de **astmar* (<a e s t i m a r e) a *asmar* y de **mastcar* (m a s t i c a r e) a *mascar* fue tan rápido que no dejó —que sepamos— testimonio escrito de su /-st-/ implosivo; en cambio *est, huest, tomest, dixist* aparecen profusamente hasta 1280 y con menos frecuencia hasta más tarde. En sentido inverso: *riepto, reptar* continuaban usándose en el siglo XV, pero *princep* y *Lop* habían sucumbido mucho antes ante *príncipe* y *Lope*. La /b/ o /v/ implosivas de *recabdar, cobdo*,

¹² *Apócope*, 222. Me refiero, claro está, a Castilla. En Aragón duró mucho más.

dubda, *cibdad* tenían mucho vigor en tiempo de Juan II y de los Reyes Católicos; su /-b/ era grata aún para Juan de Valdés hacia 1535¹³, y los sefardíes de los Balcanes siguen empleando *koudo*, *kouðisia*, *kavdal*, *sivdad*¹⁴; pero *quiçab*, *sab*, *recib*, *nueb* apenas subsisten o desaparecen por completo después de 1280.

Vemos, pues, que el habla y la escritura castellanas de la Edad Media trataron de distinto modo, en muchos casos, las codas silábicas duras según se hallaran en interior o final de palabra. Ello no obsta para reafirmar que la apócope extrema encontró un portillo abierto en la aparición de finales de sílaba interior duros como consecuencia de haber caído vocales intertónicas; pero impide ligar los dos fenómenos a una causa única.

Extranjerismo con final consonántico duro.—Junto a ejemplos castellanos de apócope Diego Catalán cita indiscriminadamente muchas voces de procedencia extranjera, carentes ya de vocal final en la forma con que penetraron en el castellano de los siglos XI al XIII. A continuación agruparé con ellas otras de origen semítico, galicano o catalán que figuran en mi artículo de 1951, algunas de la *Fazienda de Ultramar*, de la Biblia I-I-6 y del *Lapidario*, y unas pocas de otros textos. No intento, ni mucho menos, hacer catálogos exhaustivos, sino reunir los vocablos de estas condiciones que encuentro más a mano, suficientes por su número para demostrar la importancia del elemento foráneo en el auge de la apócope extrema. Veámoslos a título de ejemplo:

I. DE ORIGEN SEMÍTICO

a) Arabismos incorporados al vocabulario general castellano que entonces conservaban su final etimológico, alterado más tarde por adición de una vocal paragógica o sustituyendo la consonante dura por otra tolerable después: *albaroc*, *alcaet-alcayt*, *alcauet*, *algib*, *almartac* 'almártaga', *almutaceb*, *ataut*, *axeb-axep* 'ajebe', *azarnech* 'azarnefe', *azevuch*, *azeit*, *çabach-zebech* 'azabache', *mariahadarac-marjadrac* (*Apócope*, 222), *roe* 'roque del ajedrez', *xac* 'jaque', *zumag-zumak*, etc.

b) Arabismos léxicos registrados en textos castellanos, pero que no pasaron al uso común. Me limitaré a algunos del *Lapidario*: *açrob* 'plomo', *adehenich-dihenich* 'jaspe', *albot* 'crisol', *alferuzach-feurizach* 'turquesa', *baurac* 'bórax', *zamorat* 'esmeralda'. Recuérdese la nutrida terminología árabe del *Saber de astronomía* alfonsi.

¹³ *Diálogo de la lengua*, ed. J. F. Montesinos, Madrid, 1928, p. 66. (*Clás. cast.*, 86.)

¹⁴ I. S. RÉVAH, "Formation et évolution des parlers judéo-espagnols des Balkans", *Ib.*, 1961, núm. 6, p. 185.

c) Antropónimos de origen árabe o hebreo documentados en personajes de la época: *Aben Carim*, *Abenmahfot*, *Aben Zadoc*, *Ebb*, *Galeb*, *Halab-Halap-Falahp*, *Hareb*, *Jucep-Josep*, *Sebib*, *Tamem*, *Zac-Zach*, etc.¹⁵.

d) Topónimos de origen árabe o presumiblemente afectados por la apócope árabe, que después han tomado vocal final o han modificado la consonante: *Alcabdet* 'Alcaudete', *Arganz* 'Argance', *Borialcayat* 'Bujalcayado', *Guada xox* 'Guadajoz', *Hageg* [ḡe] eḡ] 'Agés', *Mahamut* 'Mahamud', *Mirauet* 'Miravete', *Montfrag* 'Monfragüe', *Rut* 'Rute'¹⁶.

II. CATALANISMOS, OCCITANISMOS Y FRANCESISMOS

a) Préstamos con apócope extrema incorporados al léxico general: *alum* 'alumbre', *aprés*, *arciprest*, *ardiment*, *ardit*, *argent*, *arlot*, *aveniment*, *aymant* 'imán', *barnax*, *consentiment*, *convent*, *convit*, *cosiment*, *deleyt*, *desdein*, *domen*, *drugamant*, *duc*, *eleofant*, *entall*, *espirament*, *cstanfort*, *estang*, *estrument*, *flum*, *franc*, *gambax*, *gent* 'gentil', *guarniment*, *linax*, *mast*, *-ment* adverbial, *orpiment*, *pleitplet*, *príncep*, *relox*, *ribalt-ribal*, *sacerdot*, *senab*, *solaz*, *talant*, *tost*, *vinpiment*, etc.

b) Vocabulario extranjerizante con apócope extrema documentado en textos castellanos o leoneses de la época y que no pasó al uso común: *lofarenc* 'lorenés', *ultraporz*¹⁷.

c) Formas catalanas, occitanas o francesas apocopadas que sustituyen accidentalmente a las correspondientes castellanas: *caualcr*, *cristaller*, *draper*, *peleter*, en los *Documentos lingüísticos*¹⁸; *hom* (Fuero de Avilés); *parell*, *fiadors*, *conils*, *tallans* (Fuero de Valfermoso de las Monjas)¹⁹; *fil*, *orgul*, *leopart*, *agost* (*Fazienda de Ultramar*); *ponent*, *crepúscol* (Saber de Astronomía), etc.

d) Apócope extranjerizante de palabras indígenas que en el uso castellano mantuvieron siempre su vocal final: *rancurós* (Fuero de Avilés); *car* 'carro', *dreich* 'drecho, derecho', *collaz* (Fuero de Villavaruz²⁰; *desiert* (*Fazienda de Ultramar*).

¹⁵ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Documentos lingüísticos de España*. T. 1, *Reino de Castilla*, Madrid, 1919, núms. 16, 23, 24, 195, 265-267, 272 y 345. En adelante citaré como *Doc. ling.*

¹⁶ *Ibid.*, núms. 149, 165, 257, 266, 327, 328, 340 y 345.

¹⁷ *Ibid.*, núm. 154; *ultra porz*, Fuero de Oviedo (C. M. VIGIL, *Colección histórico-diplomática del Ayuntamiento de Oviedo*, Oviedo, 1887, pp. 16, 55.

¹⁸ *Doc. ling.*, núms. 79, 211 y 372.

¹⁹ Los estudios en *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, Salamanca, 1948, p. 29, y "Los provenzalismos del Fuero de Valfermoso de las Monjas", *PhQ*, 51 (1972), p. 55.

²⁰ "Rasgos franceses y occitanos en el lenguaje del Fuero de Villavaruz de Rioseco (1181)", *TLL*, 11 (1973), p. 531.

e) Antropónimos con final consonántico duro procedentes de Cataluña, Occitania o Francia del Norte y atestiguados en Castilla o León durante los siglos xn y xiii: sin salir de los *Documentos lingüísticos*, *Adam*, *Amigoth*, *Anric-Henric*, *Armengot*, *Bernald-Bernalt-Bernard*, *Caluet*, *Chamarach*, *Donat*, *Felip-Felipp*, *Florenz*, *Frederich*, *Gasend*, *Gilibert*, *Gualard*, *Guilot*, *Guillem*, *Guiralt*, *Guzbert*, *Huc*, *Lambert*, *Leonart*, *Lorent-Lorenz*, *Malric*, *Odoart*, *Perronet*, *Perroth*, *Ponz*, *Remont*, *Rinalt*, *Robert*, *Vicent-Bincent*, *Yolant* y muchos otros.

f) Topónimos galicanizantes con final duro: *Beart* (*Doc. ling.*, núm. 284); *Damasc* (*Fazienda*).

Todos estos catalanismos y extranjerismos, tanto los pertenecientes al léxico cuanto los nombres propios, contribuían a formar clima propicio a los finales consonánticos duros. Es posible que los pretéritos *dixe*, *aduxe* alternaran en Castilla con *dix*, *adux* antes de que se introdujeran *barnax*, *gambax*, *linax*, *relox*; también cabe que *Lobo* y *Diago* hubieran empezado a sonar *Lop*, *Diac* ante patronímico cuando todavía no habían entrado en castellano los semíticos *axep*, *Halap*, *Jucep*, *albaroc*, *Zac* o los galorrománicos *princep*, *Felip*, *duc*, *Ffederich*. Pero no es admisible poner en duda que tales extranjerismos hacían más habituales para los oídos castellanos los fonemas /š/ y /k/ en final de palabra. Un ejemplo más, e ilustre: en la estrofa inicial de los *Milagros* Gonzalo de Berceo apocopa el cultismo *omnipotent* para que rime con los catalanes o provenzales seguros *cosiment*, *aveniment*, y con el muy probable *vera ment*.

Procedencia de los escribas.—Creo imprescindible tener en cuenta que no pocos textos con apócope extrema se deben a escribas de origen galorrománico o catalanes. Tuvieron que serlo los que se valieron de mezcolanzas lingüísticas como las del Fuero de Avilés hacia 1155 o la del apéndice al Fuero de Villavaruz de Campos en 1181; lo era, a juzgar por su nombre y su lenguaje, el "Ebrardus capellanus" que en 1189 transcribió el Fuero de Valfermoso de las Monjas, siendo abadesa del convento "doña Nóbila de Périgord". Hay que suponer gascón o catalán al autor del Auto de los Reyes Magos, donde riman *escarn[o]* y *carn[e]*, *fembra* y *december*²¹. Sin hibridismo semejante, la *Fazienda de Ultramar*, aparte de la ya mencionada apócope de *orgul*, *leopart*, *fil*, *desiert*, *Damasc*, *Tyr*, ofrece bastante intercambio entre *a* y *e* protónicas o finales (*prandamos* 62, *saremos* 69, *tornerà* 156, *leverà* 162; *azarán* 'pacerán' 164, *ardarán* 188, *Vespesianus* 203; *Romelie* 163, *Sidonye* 120, *Galilee* 112, *Ydumee* 116, "Osee la propheta" 184); seseo (*sierço*

²¹ "Sobre el Auto de los Reyes Magos: sus rimas anómalas y el posible origen de su autor", *Homenaje a Fritz Krüger*, Mendoza, 1954, t. 2, pp. 591-599.

12, *enzuzieste* 59, *sielo* 206, *services* 210, *sera* 'cera' 213) y otros rasgos que hacen pensar fuese gascón o catalán. Es muy probable el origen "franco" de Frey *Bernard*, monje de Fitero, que en 1212 autoriza en Cervera de Río Alhema una donación donde constan los nombres de *don Espannol, Vincent, Be[r]tolomeu, don Maurin abbat*", "*Frey Arnalt*", y se usan *ensemble, conuent, present* y *part* (5 veces), aunque también *entegramientre* y no *-ment* (*Doc. ling.*, num. 113). "Franco" u oriundo de francos debía de ser "*Johannes Geraldí sacerdos*", que en 1239 escribe en Carrión *part* (10 veces), *adelant* y *muert* (2 veces cada uno), *omnipotent*, "*plenera mient*", *tenient*, documento en que figuran "*don Guilhem Gómez*" y "*don Bienuenist capellan*"²². Los notarios *Jacme, Arnalt de Vallebrera* y *Bonduco Fores* redactan escrituras murcianas de 1262, 1293 y 1305 respectivamente, en las que insertan catalanismos acordes con abundantes nombres propios de igual procedencia, y formas apocopadas *dauant, end, cibdadant, recibient, guarent, present*²³.

Claro está que los escribas indígenas no podían menos de experimentar influjo favorable a la apócope cuando estaban rodeados de "francos": así ocurre hacia 1200, Burgos, a Juan de Riolacedo, que usa *part* en una escritura donde constan seis nombres y apellidos ultrapirenaicos (*ibid.*, núm. 154); a Lope, escribano de las Huelgas, que entre 1220 y 1226 emplea *puent*, "*ond son*", "*est camio*", "*part de forno*", "*suert de su madre*", vacila entre "*regnant el rey*" y *regnante*, "*ffant don Alfonso*" e "*yfante d.A.*" y hace constar siempre "*Lop escriuió*", en documentos donde se nombra a *Pere Henric, Guiralt Aymar, Guillem de Bordel, Pere Lambert, don Perronet* y *don Maté del Chastel*²⁴; o a Johan Pérez de Valgañón y Domingo de la Vid, escribanos públicos de Frías, que entre 1267 y 1278 estampán *Enbith, fuent, Mirauech*, y repetidamente "*ant son*", *part, Sant Vicent*, "*delant los testigos*" *mont*, teniendo como confirmantes o haciendo referencia a *don Bernalt Remont, don Guiralt, Pero Caualler, don Belmont*, etc.²⁵.

Consideraciones semejantes hay que hacer respecto de los judíos, bilingües o trilingües en su gran mayoría. Acostumbrados a los finales duros, abundantes y normales tanto en hebreo como en árabe, es natural que los prefiriesen, o al menos no los evitasen, cuando hablaban castellano. A fines del siglo xn y comienzos del xiii documentos otorgados en la aljama de Aguilar de Campó ofrecen en su redacción fórmulas desconocidas en los hábitos notariales cristianos; junto a la era hispánica, dos de ellos fechan por el año

²² E. STAFF, *Étude sur l'ancien dialecte léonais*, Upsala, 1907, doc. XVIII.

²³ *Doc. ling.*, núms. 365, 371 y 372.

²⁴ *Ibid.*, núms. 167-169 y 172-175.

²⁵ *Ibid.*, núms. 60, 62 y 64.

“quatro mil *nueb* cientos e ojaenta” de la Creación; ese *nueb* está a tono con la /b/ implotiva interior de “*bibda* de Iuceph”, resultante de la evolución espontánea que, a partir del latín *vidua*, llegaría con el tiempo al castellano moderno *viuda*; pero no es menos cierto que la -b final de *nueb* concuerda con la de *Halab* y “Petro Stephanez *Ebb*”, individuos pertenecientes a la misma judería²⁶. Cuando la apócope extrema se hallaba en notoria decadencia, repudiada por el uso general de letrados y próceres, don Sem Tob no sentía escrúpulos en valerse de “*quem* fizo”, “por *end*”, *prynceph*, “not fartas”, *sab*, etc.; las Coplas de Yocef muestran “*et* quiero defender”, “*dezirté kom farás*”, “*alyám soterrarás*” (*Apócope*, 223); todavía en 1920 el judeo-español marroquí de Xauen conservaba *nief* por ‘nieve’ (*ibid.*, 224). No se debe olvidar el factor hebreo al estudiar la apócope de las biblias medievales y de las traducciones en que colaboraron judíos, castellanos y “francos”. Aquellos y estos tenían hábitos lingüísticos nativos que favorecían la opción por *adelant*, *mont*, *part. nueb* o *nuef*, *tot*, etc. ¿Podrían los castellanos sustraer su elección entre formas plenas y apocopadas al doble influjo de las gentes con quienes trabajaban en equipo?

Insisto en afirmar que los notarios, clérigos y juglares castellanos practicaban espontáneamente la apócope extrema, aunque no de modo sistemático. Lo que creo también indudable es que la convivencia con francos y semitas hubo de ser propicia a los finales duros; en toda Castilla y gran parte de León hasta mediar el siglo XIII; en las zonas castellanas del Norte y en las lindantes con Navarra y Aragón, hasta más tarde.

Lengua hablada y lengua escrita.—La apócope extrema nació en el habla del Centro peninsular, se incrementó en el habla y luego decayó en el habla hasta extinguirse. Ahora bien, creo necesario admitir que en la lengua escrita fue más arrebatado su crecimiento y más rápido su declive. Entre el habla y la escritura hubieron de existir diferencias cuyo signo fue distinto según los momentos. Si nos atuviéramos solo al testimonio de la *Disputa del alma y el cuerpo* y los documentos notariales de 1190 a 1230, tendríamos que dar por sentenciado el pleito a favor de la apócope extrema, usada exclusivamente o con preferencia muy superior a la de las formas plenas. Pero estas debían de poseer en el habla mucho más vigor del que reflejan los textos escritos: de otro modo no habría sido posible la reacción que siguió. A fines del siglo XIII se produjo un despegue inverso: cuando la tendencia favorable a las formas plenas desterró de la escritura culta y señorial los finales de palabras duros, el coloquio popular y la literatura que lo representaba —el *Libro de buen amor*— los conservó decadentes

²⁶ *Ibid.*, núms. 16, 23 y 24, años 1187, 1219 y 1220.

hasta medio siglo más tarde, antes de que hallaran su último refugio en el ambiente marginal de las aljamas.

En último término se trata de cambios en el modelo de lenguaje. Entre 1100 y 1250 clérigos, juglares y notarios crearon y mantuvieron un nivel de lengua escrita donde prevalecía la apócope extrema por ser rasgo en que los castellanos y leoneses podían coincidir con los "francos", que significaban el lazo de unión a la Europa cristiana, y con los judíos, que trasvasaban al mundo occidental la cultura árabe, heredera de la griega e india. Pero el creciente uso escrito del romance a costa del latín originó en aquel mayor conciencia gramatical, propulsora de que cada palabra mantuviese identidad formal consigo misma en los distintos contextos donde pudiera aparecer. Los plurales, que conservaban la vocal final y no alteraban la consonante que la precedía, actuaron sobre los singulares restringiendo la apócope de una y el frecuente ensordecimiento de la otra. Por otra parte esta regularidad satisfacía el independentismo lingüístico de quienes sentían ya oneroso el influjo "franco", antaño gratamente aceptado. La reacción, leve durante el reinado de Fernando III, provocó en el de Alfonso X la lucha entre las dos corrientes. Así pudieron coincidir cronológicamente la mucha apócope que hay en el fuero de Santo Domingo de la Calzada otorgado por el rey en 1255 y escrito por Millán Pérez de Aillón²⁷, y la inexistente en el código regio de la *Partida I*, cuyo prólogo, debido al monarca, nunca omite la vocal final (*ende, ante, este, -mientras*), y en cuyo texto solo apocopan *grand* o *grant*, precediendo a sustantivo, y la preposición *segunt* (*ibid.*, pp. 214-219). No repetiré ahora la mención de otros contrastes semejantes que señalé en la obra alfonsí hace un cuarto de siglo (*Apócope*, 217-221). Recordaré el muy significativo que se da entre la señorial y meditada prosa de don Juan Manuel, carente de apócope extrema, y las estrofas, popularistas y vivaces, de Juan Ruíz, que todavía conservan alguna (*ibid.*, 222-223). Esa contraposición confirma el carácter sociocultural de los cambios lingüísticos que nos ocupan. La apócope extrema desapareció al triunfar la nueva norma, asentada por una minoría rectora, mucho antes que no pocos finales duros dejaran de existir en sílabas interiores.

RAFAEL LAPESA

Real Academia Española.
Universidad Complutense, Madrid.

²⁷ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Crestomatía del español medieval*, Madrid, 1965, t. I, pp. 259-262.